

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

UN DOCUMENTO SOBRE BALMACEDA

¿DESCRIBIÓ BALMACEDA UNA JUSTIFICACIÓN DE SUS
ACTOS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE 1891 PARA
EL "NEW YORK HERALD"?

(TIRADA APARTE DE LA "REVISTA CHILENA")

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA SANTIAGO.-ESMERALDA 872-76

1922

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

UN DOCUMENTO SOBRE BALMACEDA

¿DESCRIBIÓ BALMACEDA UNA JUSTIFICACIÓN DE SUS
ACTOS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE 1891 PARA
EL "NEW YORK HERALD"?

(TIRADA APARTE DE LA "REVISTA CHILENA")

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA SANTIAGO.-ESMERALDA 872-76

1922

BALMACEDA MUERE POR SUS PROPIAS MANOS EN LA CAPITAL DE CHILE (1)

Encontrando perdida toda esperanza de escape y temiendo la venganza de la Junta se dispara un tiro en una sala de la Legación Argentina.—Su cuerpo está aún caliente cuando se le encuentra.—Yacía desvestido en la cama, con una herida entreabierta en la sien y el revólver era aún sostenido por su mano derecha.—Aplausos y gritos saludan la nueva.—Escenas de la más salvaje excitación prevalecieron en Santiago y Valparaíso, una vez que la trágica suerte del fiero Gobernante fué conocida.—Deja una relación para «El Herald».—En ella dice que su ambición fué hacer de su país la primera República de América y defenderlo de dominación extranjera.—Como él dejó y regresó a Santiago.

(Por cable mejicano al «Herald»)

Valparaíso, Chile, Vía Galveston, Tejas, Septiembre 19 de 1891.—El ex-presidente Balmaceda se disparó un tiro en la sien en su pieza de la Legación Argentina, en Santiago, a las 8,30 A. M. de hoy.

El caso se supo aquí esta tarde y produjo la mayor excitación.

Toda la ciudad está brillantemente iluminada esta tarde, y por todas partes se sienten los sonidos del regocijo.

Informaciones posteriores de la capital confirman la sensacional nueva y dan los detalles del suicidio.

Parece ahora que Balmaceda dejó a Santiago el 29 de Agosto último en la esperanza de escapar de Chile, pero viendo que toda puerta de retirada estaba cerrada, regresó allí el 2 de Septiembre y se fué directamente a la Legación Argentina.

(1) Al publicar traducida la relación del *New York Herald*, la Revista de ningún modo participa de los juicios del corresponsal de dicho diario, ni acepta tampoco que se le suponga una intención partidarista. Este documento sirvió de base al estudio que sobre la autenticidad del mensaje de Balmaceda al *New York Herald* se leerá a continuación.

Como escapó.—Supe hoy día el itinerario seguido por Balmaceda después de la desastrosa batalla cerca de Valparaíso y en los alrededores de Santiago el 29 de Agosto. En compañía del ex-alcalde Víctor Echaurren tomó un carruaje y se dirigió a un punto a dos leguas de la ciudad.

Aquí un tren especial de un carro y una locomotora estaba esperando. Balmaceda se disfrazó con una pesada capa española. Fué reconocido, sin embargo por el cochero, un escocés llamado Gilmore.

El tren fué a toda velocidad hasta Linderos, cuarenta y cinco millas al Sur de Santiago. Aquí esperaban más carruajes. Descendiendo rápidamente del tren entraron a los carruajes y otra vez se pusieron en marcha.

Hacia la bahía de San Antonio.—La ruta fué hacia la bahía de San Antonio. Todo rastro de los fugitivos fué, sin embargo, perdido.

La Policía de Santiago supo el camino tomado y buscó los carruajes. No tuvieron éxito, pero supe por un detective que estaba ocupado en la cuestión, que el 2 de Septiembre los carruajes fueron señalados en los alrededores de Santiago. Su estado fué fuertemente nervioso. Su intención había sido irse a bordo del Condell, que él esperaba estuviese fondeado en la bahía de San Antonio.

En llegando allí, sin embargo, descubrió, para su mal, que el torpedero había zarpado.

Desde su regreso a la Legación Argentina, en Santiago, Balmaceda ha estado en una condición nerviosa extrema. A nadie, con excepción del Ministro de la República Argentina, y otro hombre que era adepto a la causa del infortunado Presidente, les era permitido hablar o aún verlo.

Todos los diferentes planes de fuga fueron estudiados por el acorralado presidente.

El señor Urriburúa (1) fué al teatro la noche pasada. Cuando regresó a la Legación, tuvo una larga y acalorada conversación con Balmaceda, relativa a las ideas del último, previamente

(1) Urriburo.

divulgadas, sobre la admisibilidad de entregarse él mismo a la Junta.

Balmaceda y el señor Urriburia se acostaron a media noche.

La señora Urriburia a eso de las 8 A. M. de hoy oyó un pistolazo en el dormitorio que había asignado a Balmaceda.

Lo notificó a su marido. Antes de ir al dormitorio de Balmaceda, corrió a la casa de Carlos Walker Martínez y trajo a este caballero a la Legación.

Al irrumpir en la pieza de Balmaceda, encontraron que se había suicidado. El cuerpo estaba aún caliente.

Había una herida entreabierta en la sien. El cuerpo estaba desvestido y tendido en la cama. Tenía el revólver sostenido aún por la mano derecha.

Domingo Toro, cuñado de Balmaceda, y el Ministro de Uruguay en Chile, Arrieta Melchor Coleta, (1) llegaron luego a la Legación.

Acción de la Junta.—El señor Concha corrió a la Moneda e informó a la Junta de lo que había sucedido. Una comisión fué pronto despachada. Comprendía a Carlos Walker Martínez, al señor Melchor, al señor Concha y al juez Aguirre (2) de la Corte Suprema.

Fueron directamente a la Legación de la oficina de los representantes de la Junta y vieron el cuerpo. Entonces hicieron un proceso verbal certificando los hechos recientemente ocurridos.

El Ministro alemán Gustchmid (3) acompañó la comisión como viejo amigo de Balmaceda.

Gradualmente las noticias se esparcieron por Santiago. La excitación que produjo fué indescriptible.

Grandes masas de gentes terriblemente excitadas se agrupaban alrededor de la Legación Argentina. Aplaudían y gritaban y se volvían frenéticos por la muerte de su jefe enemigo.

Sobre todos los gritos discordantes, se oían gritos de congra-

(1) Don José Arrieta Cañas y don Melchor Concha y Toro.

(2) Aguirre.

(3) El Barón Gustchmid.

tulación al infortunado Balmaceda, que disponiendo de su vida había escapado de peor suerte.

Relación para El Heraldo.—Balmaceda dejó una carta para su madre. También una relación para «El Heraldo». Como casi todas las últimas declaraciones de un moribundo es de especial importancia. Dice así:

«Actué durante los pasados 8 meses con la firme convicción de que estaba en mi derecho. No tenía a nadie en el ejército en quien pudiera poner alguna confianza.

«Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón habría resultado una decisiva victoria sobre el enemigo.

«Mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile.

«Yo esperaba librar a mi país de la denominación extranjera.

«Me empeñé por hacerlo la primera república de América.

«Mis enemigos dicen que fui cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos que fueron atribuidos a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que fueron cometidos.

«Hasta la batalla final de Placilla, tuve fuertes esperanzas de triunfar sobre mis enemigos. La victoria era asegurada por mis generales Alcérreca, Barbosa y Viel.

«Todos ellos mintieron. Ahora conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacar de mí.

«Todo el dinero que tengo en mi poder son \$ 2 500. Me los dió mi mujer el 20 de Agosto en la noche.

Consejos de Egan al Dictador.—«Vuestro Ministro, Patricio Egan, me dió buenos consejos muchas veces. Me urgía a hacer la paz con los que se me oponían y que abandonara a Chile.

«No seguí su sabio consejo, porque pensaba que él estaba bajo las órdenes de la Junta, que entonces se refugiaba en la Legación Americana. Durante todo el disturbio mis más cercanos consejeros se opusieron siempre a cualquier preludio de paz.»

Se encontró otra carta dirigida al señor Urriburria, en la cual Balmaceda dice:

«Cuando vi la persecución en mi contra dirigida por personas que habían apoyado mi administración, llegué a la conclusión de que el único camino para poner fin a esta persecución era tomar mi vida, ya que era yo el único responsable. Adiós, mi buen amigo. Dé mi despedida a mi mujer y a mis hijos.»

Su esposa informada de la muerte.—La Junta tiene la Legación Argentina resguardada por tropas para prevenir un ataque de parte del populacho, pero todo está en calma esta noche, en Santiago.

El cuerpo de Balmaceda ha sido trasladado al Cementerio General. Fué acompañado por los miembros de la familia y los amigos.

La viuda del ex-Presidente muerto fué informada del trágico fin por su hermano, Domingo Toro. (1)

Hay un guardián instalado en el cementerio. Un intendente cuida del orden.

Rumores infundados.—Desde la derrota en Valparaíso y los alrededores de Santiago circularon muchos rumores acerca de los movimientos de Balmaceda. Primero se creyó que él había escapado de la capital y se había dirigido hacia las montañas, La mayor parte de la gente pensó que había hecho su camino por uno de los pasos de la cordillera, y que pronto se sabría de él que estaba en la República Argentina. Esto se lo cablegrafíe a su época.

Había otro rumor de que el derrotado y depuesto Presidente se había ido por tren especial a Talcahuano, donde se esperaba que se embarcara en el Imperial y escapara a una nación amiga. Esta noticia pareció no tener fundamento y las investigaciones mostraron también que no le era posible escapar por los pasos tapados de nieve de la cordillera a la República Argentina.

El gobierno y todos finalmente se convencieron de que el presidente estaba aún en Chile. Parece haber sido creencia general que buscaría asilo en un convento, y en todos aquellos en que se suponía estuviera escondido, fué buscado.

Mientras tanto yo hacía cuanto esfuerzo me era posible

(1) Don Domingo Toro Herrera.

para descubrir algún rastro del ex-Presidente. Mientras lo informaba a usted de los rumores concernientes a este movimiento, todo el tiempo yo hacía esfuerzos por encontrarlo. Junto con muchos otros yo estaba convencido de que él trataría de abordar alguno de los buques extranjeros, varios de los cuales estaban por zarpar.

Historia de una fuga alegada.—Justamente antes de que el San Francisco zarpara el Lunes último, fui informado por un caballero en quien tengo confianza y quien, en otras ocasiones, me había dado informaciones importantes que posteriormente fueron confirmadas oficialmente, de que Balmaceda se había embarcado a bordo de un buque de guerra y pronto estaría seguro en alta mar. Era muy tarde para ir a bordo del San Francisco y hacer pesquisas personales. El buque estaba justamente preparándose para levar anclas. Pero el cuento que me contaron del alegado disfraz de marinero borracho de Balmaceda, con un uniforme que se dijo haber sido facilitado por el Almirante Brown era tan a propósito y parecía tan plausible que yo lo creí completamente, y lo envié tal como había hecho con los otros rumores.

Mi informante estaba o engañado, o me engañó deliberadamente.

Desgraciadamente para el ahora muerto ex-Presidente, no huyó a bordo del San Francisco, pero desesperando de su habilidad para huir, y temiendo la venganza de sus enemigos, cortó hoy su propia vida.

La carrera de Balmaceda.—El que fué una vez el más popular llegó a ser el hombre más detestado en Chile. La borrascosa vida así finalizada empezó en Santiago hace cincuenta y un años. José Manuel Balmaceda era el nombre completo del usurpador muerto. Era de una familia rica, bien conocida y muy bien puesta en los negocios chilenos. La intención de su padre era que hubiera sido sacerdote, y con este fin fué cuidadosamente educado en el Seminario Consiliar de Santiago. Pero el joven tenía otras ideas sobre sí mismo. Su juventud se describe como turbulenta y llena de acción, y tan pronto como sus estudios académicos fueron completados se entregó a la política.

Había en ese tiempo, en Santiago, una sociedad política denominada el Club de la Reforma, compuesta por acalorados jóvenes que aspiraban a cambiar o destruir la Constitución por la cual Chile había sido gobernado desde 1830. Balmaceda se les unió. En el colegio él había desarrollado un talento natural de orador, y siendo el más elocuente de los miembros del Club, pronto fué su principal cabecilla.

Por ese tiempo el joven Balmaceda tenía 28 años y era conocido en todo Chile como un hombre de porvenir. Fué elegido diputado ante el Congreso chileno y tomó una parte prominente en todos los debates. No se le puede negar su natural fuerza de carácter y excelente habilidad. Fué el mejor discuti-dor del Congreso y un natural dirigente de hombres. Sirvió cinco períodos como diputado con crédito para él y la ciudad. Su ambición se reconoció, la gente en general admitió que un día podría ser presidente; pero nadie imaginaba el extremo a que su ambición lo conduciría.

El leader liberal.—En el Congreso fué Balmaceda el campeón y el ídolo del gran partido liberal de Chile. En ese tiempo había otros dos partidos en lucha con los liberales por la dirección del gobierno: los nacionales y los conservadores. Los liberales, que eran los que dominaban, comprendían a los jóvenes, a los graduados en liceos y universidades a y los elementos progresivos de la vida pública. La extensión de la educación popular era su principal aspiración. En las filas conservadoras militaban los ricos, los dignatarios del país y el clero, muchos de los abogados y otros profesionales. Los nacionales eran dirigidos por un ideal opuesto al clero y los liberales en sus ideas, pero no se afiliaban al partido de Balmaceda.

Los liberales habían dirigido a la mayoría de los votantes por muchos años. Por el tiempo en que Balmaceda llegó a la jefatura, tenían más diputados en el Congreso que los otros dos partidos juntos.

Cuando el presidente Santa María ocupó a Balmaceda en 1885 y lo hizo Ministro Nacional de Relaciones Exteriores engrandeció su administración y satisfizo a la nación, pues Balmaceda era muy popular. Al año siguiente el popular Minis-

tro se convirtió en el candidato a Presidente de su partido y fué elegido por una mayoría abrumadora.

Paz y prosperidad.—Los primeros tres años los jefes que habían aplaudido la candidatura de Balmaceda y lo habían ayudado a su éxito estuvieron en completa armonía con sus ideas y métodos. En estos tres años el progreso de Chile fué más grande que en ningún otro tiempo semejante en la historia. Se desarrolló en propiedad material y social. Líneas de ferrocarril se construyeron y proyectaron en todas direcciones. Puertos, sólidos diques i muelles fueron explotados. Casas para escuelas fueron levantadas donde no habían sido antes conocidas. Un sistema admirable de escuelas normales fué establecido. Las leyes fueron enmendadas en la dirección de un mayor liberalismo y libertad. La Iglesia y el Estado alcanzaron una separación más completa que antes. Todo sectarismo fué abolido en las escuelas y liceos. Chile prosperó y creció y la principal figura en su prosperidad, el hombre que activaba las buenas obras y prevenía lo que era necesario ejecutar, era el Presidente Balmaceda.

Un cambio visible.—Los chilenos casi lo adoraban entonces. En su imaginación él era el más grande Presidente que habían tenido. Las oposiciones a él en los otros partidos se extinguió. Sus antiguos opositores se unieron a sus alabanzas. Era el hombre más distinguido de Sud-América. Se le asignaba un lugar en la historia semejante al de Washington en los asuntos norte americanos. Su carácter no merecía reproche. Su patriotismo y devoción a los intereses públicos eran celebrados en todas partes.

Es un comentario sobre la mutabilidad de los asuntos humanos sobre el cual los escritores antiguos gustarían meditar. Toda esta placentera situación se cambió en un año. Del hombre más popular en Chile, Balmaceda se convirtió en 12 meses en el más cordialmente odiado entre un número muy grande de sus conciudadanos.

El único instrumento de este cambio fué el mismo Balmaceda.

En Chile, los presidentes son ineligiblees en una reelección. Cuando el último año del período de Balmaceda empezó, un

cambio gradual se notó en su conducta. Sus antiguos amigos y consejeros fueron tratados con una frialdad creciente. Nuevos hombres desconocidos en los negocios públicos recibieron sus favores. Por su jefe favorito tomó a un oscuro corredor llamado Sanfuentes (1) un hombre que había sido su agente privado de negocios, pero quien era desconocido de casi todos. Sus antiguos amigos le objetaron su elección y le demostraron que su administración sería inevitablemente finalizada con una pérdida de la confianza pública. Balmaceda los hizo retirarse con furiosas denunciaciiones y elevó a Sanfuentes a una importancia aun mayor. Se retiró de la participación en los asuntos públicos, excepto por intermedio de Sanfuentes. Los que necesitaban ver al presidente, debían hacerlo por medio del favorito.

Lo que él intentaba.—Esta política que tanto se parece a la locura, tenía en realidad un objeto claramente definido. Se acercaba el día en que, de acuerdo con la Constitución, él tendría que entregar su autoridad en el Gobierno. Acontecimientos subsiguientes hacen pensar que él estaba determinado a no retirarse a la vida privada como sus predecesores lo habían hecho cuando sus plazos expiraban, sino que por un golpe cesáreo hacerse dueño de Chile. Para hacer esto él debía tener algunas armas, y Sanfuentes estaba listo con ellas. Los viejos amigos eran obedientes a la Constitución. Ninguno de ellos había pensado ni por un momento en un dictador de Chile.

El Gabinete del Presidente le objetó sus métodos arbitrarios. El Presidente inmediatamente destituyó a sus Ministros y nombró a otros nuevos de la misma raya que Sanfuentes, quien fué uno de ellos. El país entero estaba descontento, pues el antiguo Gabinete era capaz y popular. Los diarios empezaron a hacer campaña. El Congreso llamó a los nuevos Ministros ante sí y los interrogó sobre el modo de su nombramiento. Ellos o no contestaron del todo o contestaron en for-

(1) El juicio del corresponsal sobre el señor don Enrique Salvador Sanfuentes—demás está decirlo—nos parece lisa y llanamente un desatino. No puede concedérsele ninguna importancia. Si aparece publicado en la REVISTA es únicamente para no destruir el documento. La Dirección de esta REVISTA no participa en absoluto con las impresiones que sobre algunos hombres de la época de 1891, pudo formarse el corresponsal.

ma que aumentó la animosidad de los diputados, quienes, de acuerdo, pasaron un voto de censura, y el nuevo Gabinete, como era de uso bajo un voto de censura, renunció.

El favorito otra vez.—Otro Ministerio fué formado, y Balmaceda deliberadamente insultó al país haciendo su jefe al impopular Sanfuentes. En seguida empezó a remover sistemáticamente a todos los jefes de Departamento de todo el país y a poner en sus puestos a sus propias hechuras, los que eran esclavos de sus designios. En unos pocos meses había llegado esto a tal extremo que no sólo el Gabinete sino las influencias gubernativas en todas las provincias, los jefes de la milicia, la policía y en algun grado los jefes del ejército y armada, eran sus propios hombres.

Tan pronto como esto estuvo hecho, Balmaceda anunció a Sanfuentes como el siguiente candidato a la presidencia. Una tempestad de indignación estalló de una vez. Las líneas de los partidos desaparecieron en el furor común. Era bastante evidente al fin lo que Balmaceda ideaba; Chile iba a ser realmente gobernado por una Dictadura, y él iba a ser el Dictador. Comicios públicos se efectuaron en cada ciudad y provincia. La prensa hervía. Todos los dirigentes se anunciaron como rotundamente opositos al proyecto. Comités de ciudadanos influyentes suplicaron al Presidente que abandonara a Sanfuentes y salvara su reputación y al país. El los recibió con aparente cordialidad, y escuchó sus protestas. Al fin pareció estar afectado con ellas. Prometió hacer lo que el país solicitaba y la calma quedó restaurada. Los chilenos creyeron que Balmaceda había vuelto a su juicio y que el peligro estaba terminado.

Su nuevo propósito.—Esto era en Abril de 1890. La elección presidencial distaba pocos meses. Balmaceda no dijo nada más de Sanfuentes. Tenía otras ideas en su mente. De acuerdo con los cargos hechos por sus opositores y en terreno propicio, había determinado incitar a una revolución, la cual le daría el pretexto para declarar una ley marcial, emplazar al Congreso y avanzar de una vez al supremo e ilimitado gobierno de la Nación.

En Junio la pretendida revolución empezó entre las clases más bajas de Valparaíso, Arica y otros puertos, donde los mi-

neros y obreros hicieron motines sin objeto aparente. Desgraciadamente para Balmaceda su participación en instigar estos disturbios fue revelada. El país le abrumó con el ridículo y las autoridades locales apaciguaron el levantamiento sin la intervención del Presidente. Un comité encabezado por el Arzobispo de Chile visitó a Balmaceda y exigió la dimisión del impopular Gabinete, que no debía ejercer su influencia en nombrar candidatos para la presidencia y a que las leyes y costumbres del país debían ser cuidadosamente observadas. Balmaceda admitió todas estas peticiones. Destituyó a sus Ministros incluso al odiado favorito, nombró un nuevo Gabinete, en el cual el público tenía confianza y ostensiblemente se retiró de toda participación en la próxima elección. Prometió destituir a los hombres que había nombrado en los puestos de provincias y en la policía. El no perseguiría a los hombres que se opusieran a sus ideas, y observaría los deseos de la gente hasta el fin de su administración.

Regocijo general.—Estas promesas al ser anunciadas en el Congreso por la nueva cabeza del Ministerio, fueron recibidas con regocijo en todas partes. Parecía que, al fin, el término de todo peligro se había alcanzado.

Al contrario, acababa de empezar. Por unas pocas semanas el gobierno se deslizó suavemente. El Congreso se entregó a pasar la legislación, la que había sido tenida en suspenso durante el tiempo de excitación. Balmaceda sostenía conferencias diariamente con el Gabinete sobre las medidas que debían ser adoptadas y los hombres que serían nombrados en provincias para suceder a sus favoritos. La gente comenzó a creer en Balmaceda otra vez.

De repente todo el edificio de la confianza nuevamente restaurada, se vino abajo con estruendo. Se descubrió que los favoritos cuya deposición había sido prometida estaban en correspondencia secreta con el Presidente. El Gabinete interrogó qué significaba esto. Balmaceda dijo que había determinado no hacer las deposiciones. El Gabinete renunció. El Presidente nombró otro nuevo compuesto con el antiguo material reprochado. El Congreso convocó a los nuevos Ministros ante él. Rehusaron ir. Cuando el Congreso apeló al Presidente, éste or-

denó el cierre de la Casa del Congreso y la guerra civil prácticamente estuvo empezada.

Preparado para la guerra.—Se vió entonces cuán cuidadosamente Balmaceda se había estado preparando para todo esto. Las armas de la Guardia Nacional habían sido reunidas en los arsenales. Los Jefes estaban bajo su influencia. Los puestos militares estaban en sus manos. Se había ordenado entregar todas las armas privadas a las autoridades. La gente estaba sin armas y los soldados marchaban hacia la capital.

La única esperanza que los defensores de la paz podrían ver estaba en el hecho de que los fondos del gobierno estuvieran casi agotados por ser el final del año, y sería necesario convocar al Congreso para hacer ulteriores apropiaciones. Pensaban que las dificultades podrían ser aún arregladas. Balmaceda cortó en breve esta esperanza publicando un decreto en el cual asumía el poder de recoger y usar el haber público por sí mismo.

Reunión a bordo.—Prominentes miembros del Congreso se humillaron delante del Presidente hasta el punto de rogar que se llamara a sesión. El rehusó perentoriamente. Entonces los miembros determinaron que el Congreso se reuniera sin el permiso del Presidente. Estando imposibilitados de reunirse en tierra con seguridad, se dirigieron a un buque de la armada en el puerto de Valparaíso, donde tomaron medidas de oposición en contra del Presidente.

El Presidente mientras tanto estaba organizando su ejército y preparándose para la guerra. Alistó 25 000 obreros para los trabajos públicos. Usó del tesoro nacional y cuando el tesorero renunció honrar su libranza, él puso a un hombre más sumiso en el puesto. Cambió a los Jueces de la Corte Suprema y los suplantó por sus adeptos, quienes decidieron que él podría usar los fondos nacionales como de seara. Levantó empréstitos y ordenó confiscaciones. Arrestó a los Jefes de la oposición, los metió en prisión y ordenó fusilamientos.

Medidas de los Congresales.—Los Miembros del Congreso huyeron. Todas las personas que rehusaban dar sumisión al Presidente los siguieron. Con gran dificultad organizaron una fuerza militar y la guerra empezó formalmente.

Durante los seis meses siguientes hubo guerra con éxito variable. La Armada estaba del lado de los congresales, el Ejército nacional estaba en las manos de Balmaceda. Al principio, los esfuerzos de un lado fueron para adquirir armas y soldados para un ejército, del otro para adquirir una Armada. El país se encontraba en estado de anarquía. Los negocios estaban suspendidos y crímenes, asesinatos y motines eran ocurrencias diarias. Los representantes de las naciones extranjeras ofrecieron su mediación para restaurar la paz. Por una jugada de Balmaceda, las negociaciones fueron deshechas, como tenía que aparecer, por la determinada venganza de la parte del Congreso. Batallas y escaramuzas en tierra y mar siguieron. Gradualmente los miembros superiores del partido del Congreso vencieron las extratagemas del Presidente. Tres meses de lucha y agitados acontecimientos, los que han sido ampliamente descritos en incomparables despachos cablegráficos al *Herald*, Valparaíso fué capturado, el poder de Balmaceda fué destruido en un día y Balmaceda mismo se convirtió en un fugitivo.

Ha sido a menudo entrevistado desde que se esconde en este lugar o aquel, aparentemente, moviéndose con terror por su vida, hasta que al fin dió término a su arruinada carrera con su propia mano.

¿ESCRIBIÓ BALMACEA UNA JUSTIFICACIÓN DE SUS ACTOS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE 1891 PARA EL «NEW YORK HERALD».

Un grave problema histórico

El día 20 de Septiembre de 1891, precisamente un día después de ocurrido en la Legación Argentina a las 8 A. M., el suicidio del Presidente don José Manuel Balmaceda, apareció publicado, en forma de un largo cablegrama, en el «New York Herald», una relación de los sucesos que habían originado la Revolución y el desenlace de ella. En esa comunicación cablegráfica se insertaba también un mensaje que, al decir del corresponsal, habría dejado Balmaceda para ese diario. El docu-

mento a que nos referimos, cuya trascendencia histórica puede modificar sustancialmente el juicio sobre la Revolución de 1891, dice, como va a leerse, traducido a la letra:

«Actué durante los pasados 8 meses con la firme convicción de que estaba en mi derecho. No tenía a nadie en el Ejército en quien pudiera poner ninguna confianza.

«Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón habría resultado una decisiva victoria sobre el enemigo.

«Mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile.

«Yo esperaba librar a mi país de la dominación extranjera.

«Me empeñé por hacerlo la primera República de América.

«Mis enemigos dicen que fui cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos, que se habían atribuido a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que no fueron cometidos.

«Hasta la batalla final de Placilla, tuve fuertes esperanzas de triunfar sobre mis enemigos. La victoria era asegurada por mis generales Alcérreca, Barbosa y Viel.

«Todos ellos mintieron. Ahora conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacar de mí.

«Todo el dinero que tengo en mi poder son \$ 2 500. Me los dió mi mujer el 28 de Agosto, en la noche.

«Vuestro Ministro, Patricio Egan, me dió buenos consejos muchas veces. Me urgía a hacer la paz con los que se me oponían y a que abandonara a Chile.

«No seguí su sabio consejo, porque pensaba que él estaba bajo las órdenes de la Junta, que entonces se refugiaba en la Legación Americana. Durante todo el disturbio, mis más cercanos consejeros se opusieron siempre a cualquier preludio de paz» (1).

(1) Don Enrique Matta Vial, obtuvo, hace cosa de cuatro años, por intermedio de uno de sus amigos en Nueva York, una reproducción fotográfica, de la cual se conserva el positivo y el negativo, del «New York Herald» del 20 de Septiembre de 1891. Dos años después, el señor Matta Vial puso en nuestras manos esos papeles para que hiciéramos un estudio crítico del mensaje que en ese diario figuraba como de Balmaceda, y aún cuando entonces logramos reunir los materiales para formar una opinión sobre su autenticidad, diversas circunstancias, nos lo impidieron es-

¿Qué valor puede concedérsele a ese documento? ¿Es realmente obra de Balmaceda o es una falsificación audaz del corresponsal del «New York Herald»? Esto último nada tendría de extraño. Debemos suponer, desde luego, en el cronista de ese diario a un individuo de rápida imaginación, inteligente y perspicaz; a un hombre, en fin, rápido para recoger sus impresiones y asociarlas convenientemente. Más aun: pudo muy bien comprender el estado de alma de Balmaceda, su abatimiento y depresión moral después de la catástrofe y llegar a interpretar con clarísima precisión el fondo de amargura y desengaño, que en esos instantes de cruda adversidad azotaban el corazón impresionable de Balmaceda. Por contraste debió suponerlo tanto más abatido cuanto aquel hombre caía víctima de un convencimiento político que creía era la grandeza de Chile, cuando su amor a su patria, sus caras esperanzas de progreso, su deseo de sustraerlo a la influencia extranjera, quedaban cruelmente rotas. El mismo cotidiano comentario de esos días pudieron haberle dado la fisonomía moral de Balmaceda en esas horas, para él, de incertidumbre. Hasta el corresponsal debieron llegar los ecos clamorosos de las penosas impresiones del drama que acababa de terminar. La imaginación popular, como siempre acontece después de una grande agitación, debió propalar las relaciones abultadas y fantásticas de las traiciones en el ejército de la Dictadura, de las deserciones de los amigos del Presidente, de las claudicaciones de los hombres de aquella administración que, sin responsabilizarse con sus actos, como ocurre en las horas de la derrota, eludían el sacrificio de una severa solidaridad. Naturalmente, el corresponsal acaso relacionó todos esos datos con el efecto que ellos debían producir en el temperamento de Balmaceda; y así, debió serle fácil escribir el documento que comentamos.

cribirlo. Sólo cuando aquel benemérito benefactor de nuestras letras falleció, un deber de nuestra parte nos obligó a devolver a la familia del señor Matta Vial esos documentos que él había conseguido en los Estados Unidos al alto precio de 500 pesos. Como encontramos totalmente reunidos los documentos que eran del caso para escribir sobre el tema que nos ocupa, aprovechamos ahora la ocasión para hacerlo, y advertimos, al mismo tiempo, que ponemos a disposición de las personas que deseen comprobar la fidelidad de la traducción que insertamos del «New York Herald», en la propia casa del señor Matta Vial, Huérfanos 2023.

Pero esta primera impresión se desvanece con un estudio atento. Hay allí, en ese mensaje, hechos y circunstancias que por su misma naturaleza íntima no pudo el corresponsal llegar siquiera a vislumbrar; y hay todavía concordancias tales con otros documentos dejados por Balmaceda después de su muerte, que la autenticidad parece manifiesta. Es esto, precisamente lo que vamos a estudiar. ¿Cómo pudo el corresponsal, en efecto, tener noticias de que en la noche del 28 de Agosto recibió Balmaceda de manos de su esposa la suma de \$ 2 500? El dato es efectivamente verídico y es también demasiado íntimo para que en esos días se le pregona. Es un dato familiar sin ninguna importancia, que a nadie interesaba averiguar. La probidad de Balmaceda, por muy apasionados y vehementes que supongamos a los hombres de esos días, nadie, ni nunca, ni antes, ni después se atrevió siquiera a poner en duda; y su honradez no la empañó jamás ni la sombra de las sombras. Si llegó a imputársele entonces espíritu de lucro, esa creencia debió germinar en los corazones maldicientes y en las almas corrompidas, sin que ese juicio pesara en la conciencia de la mayoría. Más bien, interpretando la intención de la frase contenida en el mensaje, ese dato nos parece como una legítima explicación de Balmaceda al mundo extranjero. En América, donde se han levantado tiranuelos oscuros y vulgares, común ha sido el caso de que en los instantes de la huida arrebaten a las arcas del Estado la hacienda pública para propio beneficio; y Balmaceda, que se hallaba poseído del sentimiento del orgullo en grado máximo, debió comprender acaso que podía juzgársele en Europa como uno de esos tantos truhanes de la América que lucran con el poder y hacen de la fortuna pública, en nombre de la libertad, sus fortunas particulares. No obstante, aun cuando esta nos parezca la explicación del dato de los \$ 2 500 que se encuentra en el mensaje atribuido a Balmaceda, debemos, sin embargo, colocarnos en otro caso por el cual el corresponsal pudo llegar a noticiarse. El camino habría sido una conversación con el Ministro americano Patricio Egan. Pero de aquí mismo surge una contradicción. El corresponsal aparece informado en detalle de hechos de carácter íntimo, como lo es lo de los \$ 2 500; sabe que ese dinero le fué

entregado en la noche del 28 de Agosto; y en el conocimiento de hechos más notorios, más públicos, si así se desea llamarlos, ya que suponemos que su informante es un caracterizado miembro del cuerpo diplomático, aparece totalmente desconcertado. Ignora que desde el 28 de Agosto Balmaceda buscó asilo en la Legación Argentina. ¿Cómo conciliar razonablemente una circunstancia con otra? ¿Iba Egan a ignorar que Balmaceda se encontraba asilado en la Legación Argentina, en la casa de un colega suyo? Egan no pudo ser el informante; lo prueba el hecho de que el corresponsal acepta, con todos los caracteres de verosimilitud, un viaje imaginario de Balmaceda a Linderos y de aquí a San Antonio, con el fin de preparar la huida. Al mismo tiempo fija la fecha de 2 de Septiembre como aquella en que el Presidente se asiló en la Legación Argentina. ¿Habría el propósito en Egan de desorientar, de mentirle en una palabra, al corresponsal? No; ello es incompatible con la dignidad de un caballero que, sin duda, antes de desacreditarse, se habría obstinado en una negativa formal para proporcionarle datos al corresponsal.

La explicación de los errores del corresponsal es muy razonable. Es una equivocación en el tiempo y la distancia. Es una confusión de fechas. Balmaceda, después de la derrota de Concón, hizo un viaje a Valparaíso el 22 de Agosto. Llegó a Llay-Llay y siguió a Montenegro y allí vió los restos dispersos de su ejército. El 25 regresó a Santiago. Eso es todo.

Huelgan todavía otros comentarios y otras concordancias en el mensaje del «New York Herald». En un pasaje habría dicho Balmaceda: «Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón, habría resultado una decisiva victoria sobre el enemigo».

¿Pensó Balmaceda semejante juicio de sus generales? Después de la derrota debió meditar sobre la capacidad de sus generales; debió recordar que el hombre que él había escogido para la dirección de las acciones de armas, el general Velasquez, pudo haberlo llevado a la victoria si un accidente especial no se lo impide; y debe haber pasado por su imaginación la idea de su plan de campaña no cumplido, que realizaba, en

verdad, una vasta combinación estratégica de risueñas expectativas. Pero esta argumentación no vale nada, si concordamos este párrafo con otro de los documentos dejados por Balmaceda. Y esa es la carta a don Julio Bañados Espinosa. Allí se lee esta frase: «Nos faltaron los generales». ¿Qué quiere decirse con eso? ¿Se refiere Balmaceda a la insuficiencia numérica de los generales o a la falta de capacidad militar de éstos? La intercalación del artículo definido «los» indica claramente que esa frase encierra una alusión a personas determinadas; y si ese no fuese el pensamiento, si Balmaceda hubiese querido referirse a la insuficiencia numérica de los generales habría dicho: «Nos faltaron generales». ¿Ahora qué se entiende por faltar? Un general puede faltar por incompetencia, por falta de capacidad y por traición. Es muy posible, pues, que lo dicho por Balmaceda en el «New York Herald», sea una ampliación del concepto que expresó en la carta a Bañados Espinosa. Y ello nos parece ineludible. En la carta a Bañados Espinosa insinuó su pensamiento y en el mensaje al «Herald» lo explayó íntegramente. Dice, en efecto: «no tuve ninguno en quien depositar mi confianza»; «mis generales me eran falsos»; «me engañaron durante toda la guerra»; «me respondieron siempre de la victoria»; «ahora sólo conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacarme». Por muy inteligente que supongamos al corresponsal, por demasiado rápida que fuera su imaginación ¿cómo iba éste a adivinar casi textualmente el pensamiento íntimo de Balmaceda sobre sus generales?

En el mismo mensaje Balmaceda habría tratado de justificar también sus actos durante la Revolución; y se sabe que en lo que se ha llamado su Testamento Político y en su carta a don Julio Bañados Espinosa, se esfuerza, igualmente, en vindicar su conducta. En el mismo documento que nos ocupa el Presidente se empeña en recordar sus servicios para llegar a hacer de Chile la primera República de América y dice que luchó por todos los medios posibles para sustraerlo de la influencia extranjera. Bien. Todo esto lo dejó insinuado también en otros documentos, en su Testamento Político, en las cartas a don Julio Bañados y en la que dirigió a sus hermanos. En la primera de estas piezas se encuentra una frase que dice: «mi patria a la cual

he amado sobre todas las cosas», frase que equivale, salvo formas de redacción y traducción, a esta otra: «mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile». Nada tiene de extraño que Balmaceda que luchó con ánimo entero y resuelto por el progreso material del país, que estaba obsesionado por la realización de un vasto plan de obras públicas, que difundió la instrucción pública y que se opuso, con rara valentía, a que el capital extranjero dominara en las actividades nacionales; nada tiene de extraño, decimos, que recordase con justo orgullo su obra de mandatario como un testimonio de su patriotismo y amor a Chile.

No olvidemos otra circunstancia. En el mensaje el Presidente se defiende de las acusaciones de crueldad que le imputaron los revolucionarios, diciendo que el momento lo obligo a sancionar ciertos actos de severidad. Respecto de otros cargos añade que fueron cometidos contra sus órdenes y sin su consentimiento. Para mayor claridad vamos a concordar esta declaración del mensaje con otra suya del Testamento Político.

Dice en el mensaje: «Mis enemigos dicen que fui cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos que se habían atribuido a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que no fueron cometidos». Y en su Testamento Político esta justificación de su conducta es mucho más explícita aun; es un alegato, una defensa de sus actos que concuerda, racionalmente, con lo dicho en el mensaje al «Herald». «Las personas que formaron el elemento civil de la Revolución, dice, que la dirigieron y ampararon con sus recursos y esfuerzos, fueron inhabilitadas por el arresto, el extrañamiento provisorio o el envío de ellas a las filas del Ejército Revolucionario. Se procuró evitar, en lo posible, procedimientos que hiciesen más profundas las escisiones que dividían a la sociedad chilena. La acción del gobierno alcanzó, en realidad, a un número reducido de personas comprometidas en la Revolución.

«Los delitos de conspiración, cohecho o insubordinación militar, se han juzgado por la Ordenanza únicamente en casos comprobados y gravísimos, pues en la generalidad de los hechos no se ha formado proceso, o se los ha disimulado, o no

se han adelantado los procesos iniciados. Pensando el Gobierno en su propia conservación, no creyó prudente comprometer, sin antecedentes comprobados, públicos e inexcusables, la confianza que le merecía el Ejército que guardaba su existencia.

«En cuanto a las montoneras que el Derecho de Gentes pone fuera de la ley y que por la naturaleza de las depredaciones que están llamadas a cometer, habrían sido causas de desgracias sociales, políticas y económicas, se creyó siempre que debían ser batidas y juzgadas con arreglo estricto a las disposiciones de la Ordenanza Militar.» (2).

Después dice: «Si las fuerzas destacadas en persecución de las montoneras y el cuidado de los telégrafos y de la línea férrea de la cual dependía la existencia del Gobierno y la vida del Ejército, no han observado estrictamente la Ordenanza Militar y han cometido abusos o actos contrarios a ella, yo los condeno y los exero. Estoy cierto que conmigo los condenan igualmente todos los que contribuyeron a la dirección del Gobierno en las horas peligrosas de la Revolución.» (3).

Todavía hay más: notamos en este párrafo de su Testamento Político una congruencia evidente con lo asegurado en el *New York Herald* cuando Balmaceda dice: «Aunque nosotros no aceptamos jamás la aplicación de la pena de azotes, se insiste en imputarnos los errores o las irregularidades de los subalternos, como si en el territorio que dominó la Revolución no se hubieran producido, desgraciadamente, los mismos hechos.» (4).

La misma pregunta que tantas veces hemos hecho debemos hacer en presencia de una congruencia tan insólita. ¿Cómo pudo el corresponsal adivinar tan exactamente el pensamiento íntimo de Balmaceda? ¿No está probando esta similitud de conceptos la autenticidad del mensaje?

Continuemos el examen, no obstante. Al final del mensaje Balmaceda siente la pesadumbre, el arrepentimiento, por decirlo así, por no haber seguido los consejos pacifistas del

(2) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891». Tomo II, págs. 649 y 650.

(3) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891», pág. 650, t. II.

(4) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891», pág. 650, t. II.

Ministro Americano Egan, Egan efectivamente se empeñó con Balmaceda en darle una solución tranquila al conflicto para evitar las dolorosas consecuencias de una guerra civil. Nada consiguió. El Presidente permaneció firme en sus propósitos de llegar resueltamente hasta el fin como en el meeting del 13 de Julio de 1890 lo había dicho. Estaba convencido de sus derechos; «pensé, habría dicho él mismo, que Egan obraba inspirado por la Junta Revolucionaria; «mis más íntimos siempre me aconsejaron la resistencia y mis generales Viel, Barbosa y Alcérrecas me aseguraron siempre la victoria». Su conducta era consecuencia lógica de estos antecedentes, y en realidad, en su carta a Julio Bañados Espinosa, le dice: «Procedo con la misma entereza de alma y tranquilidad de conciencia con que afrontaba en el Gobierno las horas de contradicción y de batalla (5). Sin embargo, cuando en su cerebro pudieron nacer las dudas del engaño y de la traición, acaso pensó en que los consejos de Egan, al haberlos seguido, habrían evitado a su patria las duras consecuencias de una guerra civil. En su temperamento impresionable y nervioso, fuertemente deprimido en esas horas, cuando miraba frente a frente la muerte como único medio de evitar la prolongación de un doloroso conflicto, es muy posible que hubiese cruzado por su mente, con un dejo de inmensa amargura, el recuerdo de las proposiciones de Egan. Así debió haber sido. Porque la idea del suicidio germinó en Balmaceda mucho antes de su caída. En efecto, una tradición repetida por respetabilísimas personas, ha conservado el recuerdo de que mucho antes de su caída, cuando la revolución recién comenzaba, Balmaceda en una ocasión estudiando las probabilidades de triunfo con que contaba, mostró su revólver como para indicar que respondía con su vida en el caso de que la demanda en que estaba empeñado, le fuera adversa. «La idea del suicidio,—escribe Joaquín Nabuco—desde que le vino a la mente, se abre paso cada día más; parece que él la acaricia, la idealiza, la perfecciona como su último acto público, como su postrer mensaje al país; trabaja en esa idea política y literariamente; trata de

(5) Bañados Espinosa, Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891, tomo II, pág. 643.

poner en ella todo lo que puede dar su cerebro de estadista y su energía de chileno. Es una resolución madurada a la cual concurren todas sus impresiones, como en las horas de inspiración todo converge para producir la obra maestra. Una vez aceptada la solución de la muerte, es preciso justificarla, después utilizarla políticamente y por último escoger el momento. El corazón del padre, del esposo, del hijo es estoicamente reprimido; el político tiene que representar su papel hasta el fin.» (6)

¿Hasta qué punto el recuerdo de los consejos de Egan influyeron en la determinación de su suicidio? Su responsabilidad era inmensa; y solitario como estaba, encerrado en un cuarto del segundo piso de la Legación Argentina, su espíritu debió debilitarse al pensar en la cuantiosa deuda que había contraído para con su patria. Desde que acarició la idea del suicidio en su ánimo todo aparece oscuro, sin un rayo de luz que le guíe para alejarse de la resolución irreparable.

Un último punto queda para terminar con el mensaje publicado en el *Herald*. Es una conjetura fundada en los propios documentos dejados por Balmaceda y que puede servir para determinar la autenticidad de la pieza que estudiamos. Se sabe que Balmaceda hallábase dotado de un raro orgullo y de un exagerado amor propio; ese amor propio le hizo escribir los documentos que conocemos y ese orgullo le hizo concebir la esperanza de una reparación histórica. Después de Concón y la Placilla no olvidó un instante que en la distancia de los tiempos quedaba el juicio de la Historia; y frente a la muerte tampoco puede desprenderse de la opinión que sobre su vida y su obra habrían de formular en el futuro las generaciones. Escribe él mismo la historia de sus actos; califica de «documento histórico que debe reproducirse íntegro en América y en Europa, para que se comprenda su situación y su conducta», la carta que escribió a don Claudio Vicuña y a don Julio Bañados Espinosa. La posteridad y el juicio de sus contemporáneos le preocupa; le absorve muchas veces el pensamiento. Quiere comparecer ante éstos y aquéllos en una actitud defini-

(6) Joaquín Nabuco, Balmaceda, pág. 170.

da y para ello el mismo se encarga en indicar los materiales que servirán para juzgarle. Dice a Bañados Espinosa: «Escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera. Dejo dicho a Emilia (su esposa) que le suministre todos los recursos necesarios para una publicación abundante y completa». «Con los mensajes, las memorias ministeriales, *El Diario Oficial* y *El Ferrocarril* puede hacer la obra». «No la demore ni la precipite». A sus hermanos les había dicho refiriéndose a la carta que se ha llamado su Testamento Político: «Háganle reproducir». «Que no deje de publicarse». Y en otra parte: «Encargo a Julio Bañados que haga la historia de mi administración. No descansen ustedes en esta tarea. Es necesaria. Digo a Emilia que dé todos los recursos que para esto se necesite». En otra parte había escrito: «Carta que el señor don Eusebio Lillo guardará reservada y que confío a su honor y lealtad para que la publique en los diarios de Santiago en el acto que yo no esté en el asilo que él sabe. Es necesario que la publique como un testimonio explicativo de mis últimos actos.»

Resulta, pues, evidente que Balmaceda deseaba que sus actos fueran conocidos en América y en Europa; que la historia de su administración se escribiese sin tardanza y que circulase con profusión, en todo el país, su Testamento Político. Es muy aceptable entonces que persiguiendo esos sus propósitos hubiese querido valerse del *New York Herald*, diario de circulación mundial, para realizar rápidamente y de un modo eficaz, su justificación. Ese diario, por otra parte, en el curso de la Revolución le había sido afecto, lo había defendido y había apoyado su conducta en el curso de la contienda civil. Esta coincidencia nos inclina a pensar que el mensaje publicado en el *Herald* es obra de Balmaceda; y a reforzar este juicio, como muy bien se habrá visto, concurren las consideraciones anteriores que se ajustan perfectamente con los otros documentos de Balmaceda y el mensaje aparecido en el diario norteamericano. De otro modo ¿cómo explicar tan extrañas similitudes? Habría sido una insolencia, un atrevimiento demasiado ocasionado a peligros, el que el corresponsal hubiese supuesto esa pieza. Exponíase a una rectificación ya que, naturalmente, el corresponsal debió pensar que el *Herald* se difundiera en Chile.

No ocurrió así, sin embargo; y las personas que leyeron ese diario no le concedieron a ese documento su verdadera importancia. Pero un celebrado escritor francés, M. Charles de Varigny, reconocido en el mundo intelectual por su preparación e inteligencia, publicó en la *Revue des deux Mondes*, del 15 de Noviembre de 1891, un estudio serio y concienzudo sobre la Revolución de Chile; y en ese trabajo Varigny recogió los documentos publicados en el *New York Herald* de 20 de Septiembre, diciendo que eran tomados de ese diario. M. Varigny, al incluir en su escrito el mensaje de Balmaceda, lo dió como auténtico.

El mismo corresponsal publicó también en su cablegrama un párrafo de la carta de Balmaceda a Uriburu, que dice traducida a la letra así: «Cuando ví la persecución en mi contra dirigida por personas que habían apoyado mi administración, llegué a la conclusión de que el único camino para poner fin a esta persecución era tomar mi vida, ya que era yo el único responsable. Adios, mi buen amigo. Dé mi despedida a mi mujer y a mis hijos». El original está redactado en esta forma: «Visto el espíritu y tendencia de la Revolución hecha al Gobierno no queda más camino que prolongar el asilo, lo cual no debo ni puedo hacer, o el sacrificio».

El corresponsal debió conocer esa carta en la tarde del 19 de Setiembre de 1891. Porque Balmaceda no la puso en manos de Uriburu en la noche del 18 cuando el Ministro argentino regresó a la Legación después de una función de gala en el Teatro Municipal, instantes que aprovechó Balmaceda para hacerle entrega de las otras comunicaciones que destinaba a su familia y a sus amigos; sino que la dejó sobre su escritorio, en su cuarto, como una explicación para Uriburu, de la causa de su suicidio. Es muy posible, con todo, que ese día, el 19, Uriburu apremiado por el corresponsal le mostrase la carta que había dejado Balmaceda y que el cronista en el acto tomase conocimiento de ella. ¿Se le entregaría entonces el mensaje para el *Herald*? Quizás. Porque no es posible conjeturar que el corresponsal en ese mismo día ni después se hubiese impuesto de las cartas que Balmaceda destinaba para su familia y sus amigos. No. El guardador de ellas era Uriburu y por

muy descuidado que lo supongamos, esos eran documentos reservados como el sobrescrito de las cartas lo indicaba, y debían estar cerradas. No pudo, pues, razonablemente, el corresponsal imponerse del contenido de esa correspondencia. ¿Cómo llegó a sus manos el mensaje? Se sabe que Balmaceda permaneció encerrado en un cuarto del segundo piso de la Legación desde la noche del 28 de Agosto, sin tener comunicaciones absolutamente con nadie. Sólo una criada le atendía en aquellas ocupaciones domésticas más indispensables. Pero ello no resulta un obstáculo para que Balmaceda en la misma noche en que puso en manos de Uriburu la correspondencia para su familia y para sus amigos, entregase a éste el mensaje; o bien que lo hubiese Balmaceda destinado esa misma noche, en la víspera del suicidio, al Ministro Egan, quien al día siguiente después de las 4 de la tarde, cuando comenzó a circular la noticia de la muerte de Balmaceda, lo habría puesto en manos del corresponsal.

Acaso esto sea lo más probable. Pensamos, sí, que el documento puede ser obra de Balmaceda.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

Talca, Noviembre de 1922.